

# ECUMENISMO EN LA ÉPOCA DE LA GLOBALIZACIÓN

## La encíclica "Ut unum sint" bajo el punto de vista evangélico

*En un primer momento el autor, destacado teólogo evangélico, trata, de modo breve y personal, el desarrollo de la teología ecuménica desde la primera conferencia de Edinburgo en 1910, pasando por Lund en 1952, hasta las sorprendentes declaraciones de la comisión Faith and Order, de 1963 a 1983. A continuación toca los puntos conflictivos, las "llagas ecuménicas" de la única Iglesia de Cristo: Papado (después del Vaticano I) y comunidad eucarística en la "mesa del Señor". Por último enfoca la comunión necesaria entre las Iglesias dentro del marco de la nueva situación mundial, pues la catolicidad de la Iglesia de Cristo y el movimiento ecuménico de nuestro siglo siempre han estado en relación con todo el "orbe habitado", ya que no han querido presentarse a sí mismos, sino al Reino de Dios que viene y a su justicia.*

*Ökumene im Zeitalter der Globalisierungen. Die Enzyklika «Ut unum sint» in evangelischer Sicht, Evangelische Theologie 58 (1998) 262-269.*

### I. Cuanto más nos acercamos a Cristo, más nos aproximamos entre nosotros

Cuando en 1948 comencé a estudiar en Göttingen, todavía se daba en la Facultad evangélica de teología la asignatura "Teología de la controversia". En ella Ernst Wolf nos enseñaba los errores de la Iglesia romano-católica, en especial la falta de fundamento bíblico de los nuevos dogmas mariológicos y del episcopado universal pontificio tal como lo proponía el Vaticano I.

Cuando en 1963 fui a Bonn y en 1967 a Tübingen, esa polémica asignatura había cedido el puesto a la *Teología ecuménica* y a los *Institutos Ecuménicos*. Con Franz Böckle en Bonn y Hans Küng en Tübingen hallé una mayor afinidad teológica que con algunos colegas de mi facultad. El trabajo en *Faith and Order* y *Concilium* (elaboraba los números ecuménicos junto con Hans Küng) me convenció de la unidad indivisa de la Iglesia. El movimiento ecuménico y el Papa Juan Pablo II, con su reciente encíclica, se han situado en el marco de la "oración sacerdotal" de Jesús: "que todos sean uno" (Un 17,21). Dando por supuesto que Dios escucha en su eternidad esta oración, debemos buscar, ahora, la unidad visible de la Iglesia "para que el mundo crea".

El camino hacia el mutuo entendimiento de las "Iglesias separadas" comenzó con el trabajo de una "eclesiología comparada", que debía sustituir a la polémica confesional. Aprendimos a conocernos mutuamente con la esperanza de que "el mejor conocimiento de los divergentes puntos de vista sobre la fe y la constitución de la Iglesia conduciría a profundizar en el deseo de recuperar la unión y a las diversas conclusiones oficiales de las distintas confesiones" (Edinburgo 1910). El resultado de este trabajo fascinante, pero inconcluso, fue una especie de consenso negativo: las tesis tradicionales que diferenciaban a las Iglesias, no tenían por qué ejercer un influjo excomunicante que condujera al cisma. Podían llevar también a un enriquecimiento recíproco. Pero esto sólo fue posible gracias a una nueva comprensión de lo que ocurre en la

*Cena/Eucaristía/Misa.* De hecho, en el lenguaje ecuménico se ha ido imponiendo cada vez más la expresión "Cena del Señor", porque se ha tenido más en cuenta ante todo la voz de la Cena y no sólo la voz de la propia Iglesia.

El giro ecuménico se dio en Lund en 1952. Fue el cambio de la eclesiología comparada a la cristología: "No podemos dar realmente un paso hacia la unidad de la Iglesia, si nos limitamos a contraponer nuestros diversos conceptos de la esencia de la Iglesia y de sus tradiciones. Se ha hecho patente que cuanto más nos acercamos a Cristo, tanto más nos acercamos unos a otros". Este giro de la eclesiología comparada externa a la eclesiología cristológica que hermana internamente, marca, desde 1952, el camino del ecumenismo. Ahora el camino hacia las raíces de las tradiciones particulares es el que lleva las Iglesias a la comunión en Cristo. El ecumenismo no nace de una visión humana de la unidad, ni se origina en una política eclesiástica que siga el lema "divididos perdemos -unidos somos fuertes". El ecumenismo surge allí donde nos hallamos en Cristo, como hermanos y hermanas, compartiendo los aspectos positivos y nuestras eventuales dificultades.

Desde el Congreso mundial de las Iglesias en Nueva-Delhi (1961), teólogos ortodoxos forman parte de todas las comisiones del Consejo mundial de las Iglesias; desde el Vaticano II encontramos en todos los campos la colaboración de *teólogos católicos*. En Montreal (1963) hemos dado un importante paso cristológico hacia la solución del problema "Escritura y Tradición"; en las conferencias de Klingenthal 1979/1980, los teólogos ortodoxos, católicos y evangélicos hemos resuelto el problema del *Filioque* que separaba a la Iglesia oriental de la occidental, hasta el punto de que el Papa y el Patriarca de Constantinopla pudieran recibir juntos -aunque sólo en griego el Credo de Nicea. Los documentos de Lima (1982) sobre "bautismo, eucaristía y ministerio" (BEM) fueron considerados por muchas Iglesias como un gran paso hacia la unidad. Con todo, las Iglesias evangélicas reclamaron la prioridad de la "Palabra" sobre los sacramentos. Desde 1984 se trabaja en un credo común. A veces parece que en Ginebra se haya paralizado todo; pero en conjunto puede decirse del movimiento ecuménico: "eppur si muove", y *sin embargo se mueve*.

La impresión de atasco la ocasionó un concepto restrictivo del ecumenismo. Hace treinta años ecumenismo significaba *unidad y renovación* de la Iglesia. Pero desde hace unos quince tan sólo se apunta hacia la unidad. Y como sólo se interesa por las Iglesias existentes y sus tradiciones, parece algo conservador: intenta reelaborar un pasado hostil de cara a conseguir un presente reconciliado. Pero las exigencias del presente requieren nuevas respuestas. Hace treinta años ecumenismo significaba *Unidad de la Iglesia y Unidad de la Humanidad*. Eran los tiempos del conflicto a muerte este-oeste. El eco de este conflicto sonaba todavía en las declaraciones ecuménicas de los derechos del hombre, pero ya no es así en *Faith and Order*. Hace treinta años ecumenismo significaba *Unidad, Renovación y Liberación* de toda opresión política, explotación económica, humillación racista o sexual. Hoy estos objetivos están presentes en el "proceso conciliar por la justicia, la paz y la conservación de la naturaleza" (Graz 1997) y en la "Teología de la vida". En el aspecto sociopolítico brotaron asociaciones en pro de un "ecumenismo indirecto", sin el cual, el "ecumenismo directo", al referirse siempre a sí mismo, se vuelve conservador y aburrido. El proceso de la unión de las Iglesias debe estar en relación con la renovación eclesial que apunta a fomentar la justicia, la libertad y la paz, ya que Jesucristo no ha fundado una nueva religión, sino nueva vida

para el mundo. Las Iglesias separadas ya no se encuentran en el conflicto este-oeste, sino en la *época de la globalización*. ¿Qué respuesta requiere esto?

## II. Servicio común a la unidad

Resulta paradójico que sea precisamente el papado, ese servicio petrino a la unidad del cristianismo, quien se haya convertido en el último obstáculo de la unidad. Desde Pablo VI, los Papas son conscientes de ello con dolor. Históricamente, salieron de Roma más excomuniones que uniones. El deseo de un "ministerio de unidad" no exige necesariamente que se ubique en Roma. Con K. J. Kuschel me parece sorprendente que Juan Pablo II llame, en su encíclica, a un "diálogo fraterno" ecuménico acerca de un nuevo, a mi juicio común, ejercicio del servicio de Pedro. Diré sobre ello lo que pienso desde el punto de vista evangélico y con libertad de espíritu:

1. El papado tiene dos raíces: a) en su fundamentación teológica se remonta a Pedro, aunque con lagunas históricas; y b) se remonta también, como prueba el título de "pontifex maximus" que se adjudicó el papa Gelasio, al sacerdocio estatal de los emperadores romanos. El servicio de Pedro es cristianamente aceptable, el imperial no, aunque en otros tiempos haya sido útil para la unidad religiosa del Imperio.

2. Desde la legendaria "donación de Pipino", el Papa es, a la vez, cabeza suprema de la Iglesia y de los Estados pontificios. El Estado Vaticano es, en sí, insignificante. No lo son, en cambio, las representaciones diplomáticas de la Santa Sede. Este lado político del papado no pertenece a la misión "esencial" de un "ministerio universal al servicio de la unidad". Roma resulta un vestido pasado de moda para la Iglesia católica. Se aferra al eurocentrismo en la época de la globalización, estorbando así a la "unidad cristiana".

3. Las afirmaciones espinosas sobre el papado "semidivino" provienen tan sólo del siglo XIX, se encuentran en el Vaticano I a propósito de la infalibilidad papal (*in fallibilis et irre formabilis*) y son una respuesta a la revolución burguesa de la libertad y a la secularización de Europa. El regreso del pontificado actual a las formas del primer milenio, auspiciado como ideal por Juan Pablo II, es tan deseable para las Iglesias ortodoxas como para las evangélicas, veterocatólicas y anglicanas.

4. Las Iglesias no católicas están dispuestas a una *communio cum Petro* (comunidad con Pedro), pero jamás a una *communio sub Petro* (bajo Pedro). Podemos reconocer un servicio desinteresado a la unidad cristiana, únicamente y en la medida en que se acredite. Pero no podemos *subordinarnos* a la autoridad del Papa en cuestiones de fe y costumbres. *Exempla terrent* (los ejemplos asustan). Sólo podemos fiarnos de un "ministerio de Pedro renovado a la luz del Evangelio". Por tanto, estamos dispuestos a reflexionar, junto con la Iglesia católica, sobre un nuevo papado.

5. Como hermanos y hermanas que participan de la difícil situación actual, nos preguntamos, sin embargo, si el sistema centralista pontificio-vaticano es bueno para la Iglesia católica. La reciente instrucción vaticana del 13 de noviembre de 1997 sobre sacerdotes y laicos en las comunidades, nos duele por causa de las comunidades católicas, que, gracias a los "laicos", han llegado a ser tan vivas. Tales instrucciones

autoritarias ¿no resultan destructivas? Creo que la gran Iglesia católica es suficientemente católica como para darse una mejor constitución unitaria.

6. Los evangélicos hemos hablado siempre del "sacerdocio universal de todos los fieles", tanto varones como mujeres. Después de esta encíclica preferiría hablar del *sacerdocio conjunto de todos los fieles*: todos los ministerios en la Iglesia, y en especial el de la unidad, se deben ejercer democráticamente por todo el pueblo de Dios, es decir, según la acertada definición de gobierno democrático de Abraham Lincoln en Gettysburgo, "del pueblo, por el pueblo y para el pueblo".

### III. Comunidad eucarística en la mesa de Cristo

Todos los cismas se han derivado de excomuniones de la mesa del Señor. Por eso la comunión plena en la mesa de Cristo es el objetivo de todos los esfuerzos ecuménicos. El auténtico ecumenismo nace cuando los cristianos, de cualquier confesión, oyen la voz de Cristo y se sientan juntos a su mesa, donde él, que es el centro, les espera. Pues no es una Iglesia ni un pastor o sacerdote, ni tampoco un Papa, sino el mismo Cristo, quien invita a todos los fatigados y atribulados a su Cena formando así comunidad con él. Tanto si el evangélico habla de la cena, el católico de la misa, o el ortodoxo de la eucaristía, lo fundamental es que "la sangre de Cristo se ha derramado por vosotros" y "el cuerpo de Cristo se ha entregado por vosotros". Su voz es la voz creadora de Dios, nuestras voces son testimonios humanos. No celebramos una cena de la Iglesia, sino de Cristo, e invitamos no en nuestro nombre, sino en el suyo. Los brazos extendidos que nos invitan son los brazos extendidos y las manos taladradas de Cristo en la cruz. Allí se justifica a los pecadores, se consuela a los tristes y se enriquece a los pobres. De hecho, todos estamos con las manos vacías bajo su cruz y nos reconocemos hermanos y hermanas de la misma gracia e hijos de la misma libertad. ¿Cómo podemos, entonces, ante el crucificado que se nos hace presente en el pan y el vino, mantener nuestras separaciones y rechazar a los demás? ¿Es de veras la presencia real de Cristo crucificado el lugar para fijar barreras dogmáticas, morales o de derecho eclesiástico? ¿Quién tendría el derecho de rechazar a los invitados por Cristo?

En la santa cena no celebramos una "doctrina verdadera" de la Eucaristía o la teoría de la justificación luterana, sino la presencia de Cristo entre los pobres y los pecadores. "El artículo stantis et cadentis ecclesioe no es en sí la doctrina de la justificación, sino lo que constituye su base y su cima: la profesión de fe en Jesucristo, "en quién se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento"" (K. Barth). La Iglesia evangélica es la Iglesia del Evangelio de Cristo hacia el cual apuntan todos los artículos de sus profesiones de fe.

En la misa no celebramos la doctrina católica del "sacrificio incruento de Cristo" sobre el altar, sino a Jesucristo, que es el "sacramento primordial" de Dios para la Iglesia y la plenitud de sus sacramentos y de su gracia. La teología católica actual ha referido claramente al acontecimiento repetible del altar al suceso único del Gólgota, basando los siete sacramentos en el único sacramento de la Iglesia y fundamentando éste, a su vez, en el sacramento primordial de Dios, la humanidad de Cristo. Y "cuanto más nos acercamos a Cristo, tanto más nos acercamos unos a otros". Esto se vive de manera innegable junto a la mesa del Señor.

A fin de cuentas, en la comunión eucarística no procedemos de una teoría común a una praxis común, sino al revés: de una vivencia común a una teoría común. Primero Dios, luego la teología; primero Cristo, luego la cristología; primero la comunión de Cristo, luego, después de haber comido y bebido, podemos seguir sentados a su mesa comentando nuestros diversos puntos de vista. Después de comer, y en presencia de Cristo, resulta más fácil hablar de lo que nos une o nos divide.

Conozco parejas católico-evangélicas que, en su boda, se han comprometido a acudir sólo juntos a la Cena del Señor, ya sea en una iglesia católica o en una evangélica. Yo mismo he tomado por norma acudir siempre a la Comunión/Cena cuando y donde oigo la voz de Cristo que me llama y me invita; y hasta ahora no he sido rechazado en ninguna iglesia. En mi opinión ya es hora de llamar abiertamente a la obediencia a Cristo, aunque esto signifique desobediencia eclesiástica. Si realmente nos invita Cristo, no nos es lícito esperar hasta que veamos cómo se resuelven todos los problemas ecuménicos.

#### **IV Ecumenismo en la época de la globalización**

"La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia", decían en el período de persecuciones de la cristiandad primitiva. Lo más sorprendente de esta encíclica ecuménica del Papa es, a mi modo de ver, que Juan Pablo II vea que nuestra comunión eclesial imperfecta "está firmemente anclada en la plena comunión de los santos", es decir, de aquéllos que "se hallan en unión con Cristo glorificado" (nº 84). "Estos santos proceden de todas las Iglesias y comunidades cristianas, que les han abierto la puerta a la comunidad de la salvación". Tenemos ya un martirologio común que es un "ecumenismo (pleno) bajo la cruz". Paul Schneider, el padre Delp, Maximilian Kolbe, Dietrich Bonhoeffer y un sinnúmero de anónimos que dieron su vida porque, por la fe y la justicia, se oponían al mal. Con su muerte nos exhortan a que logremos la unidad y la libertad. Con esto el Papa ha hecho referencia a los auténticos orígenes de la comunión entre los fieles de diversas Iglesias. Sin duda los diálogos ecuménicos en la cumbre, entre obispos y teólogos, pueden contribuir a la unidad; pero el auténtico y duradero ecumenismo de base se ha vivido en la resistencia y en el sufrimiento común: en el tercer *Reich*, en los campos de concentración, en las cárceles de las dictaduras. La verdadera Iglesia de Cristo se vive ya hoy en el sufrimiento de los presos y silenciados. La plegaria explícita por los presos debería estar al principio de todas las liturgias ecuménicas. Sería de desear que el Papa realizara ya el "martirologio común", beatificando y canonizando mártires evangélicos y ortodoxos.

Cuando el conocido ecumenista William Temple fue nombrado, en 1942, arzobispo de Canterbury, definió el movimiento ecuménico como "la gran novedad de nuestro tiempo". Un año más tarde escribía: "nuestro período histórico se caracteriza por dos tendencias contrapuestas: una en el ámbito civil, la otra en el cristiano. El mundo seglar ha perdido toda experiencia de unidad ... el mundo cristiano avanza continua y rápidamente hacia una unidad más profunda y posee la vivencia real de una comunidad cristiana por encima de todas las separaciones mundanas, una comunidad llena de esperanza de cara al futuro de la cristiandad y con ella de la humanidad".

Esta comunidad ecuménica lleva manteniéndose desde hace cincuenta años, aunque no sin dificultades diversas. El conflicto este-oeste, tan mortífero militar y espiritualmente,

ha desaparecido desde 1989. Permanece, en cambio, el no menos letal conflicto norteamericano. De hecho hoy, gracias a la globalización de las informaciones, producciones y mercados, está naciendo *un mundo*. Tras el silencioso desmoronamiento del socialismo, ha surgido un mundo sin alternativas. Hace cuarenta años veíamos *una Iglesia y tres mundos*, hoy debemos irnos acostumbrando a la inversa: *un mundo, muchas iglesias* (K. Raiser). Pero ¿en qué consiste la unidad del nuevo mundo globalizado? En la unidad de interdependencias económicas cada vez más entrelazadas, como lo demuestra el reciente crack de las bolsas de Hongkong y de Tokio, con repercusiones inmediatas en New York y Frankfurt. Pero es, a la vez, una *unidad* de crecientes contradicciones internas:

- 1 . Cada vez hay más hombres que se convierten en surplus *people*, gente sobrante, sin trabajo ni consumo, a quien nadie necesita, ni quiere.
2. La destrucción del medio ambiente crece continuamente y las empresas comerciales globalizadas imposibilitan cualquier convención internacional sobre el clima.
3. El mundo globalizado escinde toda la sociedad en un mundo rico y en un mundo pobre (en una proporción 20/80), destruyendo los Estados con preocupaciones sociales y las democracias liberales.
4. La montaña de deudas en los presupuestos nacionales acaba con el contrato entre las generaciones y condiciona negativamente la vida de las generaciones futuras.

La comunidad de las Iglesias tiene mucho que hacer para convertir la "*ecumene*", o mundo habitado, en habitable: no sólo para los hombres, sino para todos los vivientes y para la misma tierra. Si supera estas contradicciones internas, que pueden hundir al mundo globalizado, podrá vivir y aun convertirse en un mundo más humano, más natural y más justo.

**Tradujo y condensó: RAMÓN PUIG MASSANA**